

J. Aberth, *Contesting the Middle Ages. Debates that are Changing our Narrative of Medieval History*. London and New York, Routledge, 2019. ISBN: 978-0-415-72929-1. 344 pp.

JAVIER PÉREZ-EMBID  
*Universidad de Huelva*

Quizás sea por los efectos sobre el mapa académico mundial de los cambios en la relaciones globales de poder la timidez con que en los últimos tiempos se acomete la empresa de escribir -en todas partes y, desde luego en España- las síntesis de la investigación histórica que vienen a ser los manuales universitarios. En su lugar ha surgido la fórmula de presentar -y en este caso con fines más bien divulgativos- una selección de textos escogidos y comentados sobre temas que han suscitado controversia y a los que se le supone cierta “garra” para atraer la atención del lector. Para la Edad Media en general, un notorio ejemplo de lo último es, en Francia, *Le Moyen Age en questions*, de Sylvain Gougenheim (Paris, Tallandier, 2009 y 2019).

Pero es más bien en el terreno del debate académico donde hay que inscribir la serie de “*quaestiones disputatae*” que John Aberth, medievalista formado en Cambridge y curtido en la docencia en varias universidades estadounidenses, acaba de presentar con el propósito de liquidar los manidos y resilientes tópicos que a menudo planean sobre los programas docentes de la Historia Medieval. En cada uno de los capítulos, a partir de un sumario estado de la cuestión, el profesor sintetiza los términos de lo que a ciencia cierta se conoce al respecto, para entrar luego en los términos propiamente dichos de la crítica o discusión científica. Parafraseando a su compatriota Gibbon, no podía sino empezar por la Decadencia y Caída del imperio romano, situando el fenómeno no en sus causas sino en el más actual de si ese derrumbe tuvo lugar en realidad (p. 1-10). Negada la tesis de Pirenne por evidencia arqueológica, admitido el concepto Antigüedad Tardía elaborado por Peter Brown con base en la antropología cultural de *Annales*, reconoce el políticamente correcto de las “migraciones germanas”, no sin hacerse eco del nuevo énfasis puesto por Ward-Perkins en el aspecto de “Caída” -y no solo desde el punto de vista material- de la cultura romana.

Sin aceptar la ditirámica defensa de la expansión escandinava de D. Logan (“las energías de los vikingos revitalizaron una decadente civilización en Europa”), Aberth sopesa y contextualiza los testimonios documentales sobre los que se

construyó la imagen de crueldad y violencia con que se han contemplado -desde del tiempo de sus víctimas monacales- las expediciones nórdicas, para centrarse en discutir el motor de las mismas: rechazada la indemostrable explicación demográfica, deshace la antinomia *razzia/comercio* en el mar del Norte; amplía a Irlanda e Inglaterra el factor de disgregación política conocida por la Europa tardocarolingia (paralelo al complementario proceso de consolidación política interna de noruegos y daneses); y valora en su justa medida la adaptabilidad de unas naves vikingas no acompañadas por una superior destreza en la navegación. Tres factores no exclusivos de estas “segundas invasiones” nórdicas, que debieron su éxito “al accidente o la suerte”, beneficiadas en buena medida de esa “flexibilidad” de la que harían gala aceptando a la postre el cristianismo por su sentido práctico y por la amoralidad de su sistema religioso.

Las Cruzadas le proporcionan un más extenso terreno de discusión, porque examina no solo la visión del fenómeno desde el lado musulmán, sino las dirigidas contra todo tipo de desviación de la ortodoxia cristiana. Más que del desarrollo, le interesan de la primera los móviles, reconociendo la primacía de los de tipo espiritual por encima de las causas materiales de la expansión occidental. Y de la segunda a la cuarta procura centrarse en el punto de vista musulmán, mayormente para matizar, siguiendo a crónicas e historiadores, perfiles de la figura de Saladino. Pero, en la búsqueda de temas controvertidos que se propone como línea argumental del libro, el autor llega a ver prolongaciones de la ideología de cruzadas en episodios de extremismo político conocidos en los Estados Unidos de Norteamérica. Más aún, bajo el rótulo “A reconquest of Al-Andalus?” (p. 75-76), llega a adscribir – siguiendo mínimamente a R. Fletcher y sobre todo a A. García Sanjuán- la visión histórica de la guerra entre cristianos y musulmanes en la España medieval a “two contrasting views on the Reconquest in Spain”, las de los historiadores conservadores y las de los liberales.

Un tercio del libro está ocupado por capítulos dedicados a las minorías sociales, la sexualidad y, sobre todo, las mujeres. Contrastando los puntos de vista de R. Moore y D. Nirenberg, entiende la persecución como un fenómeno anejo a la formación de los estados nacionales y de la misma Europa. Y sopesando la obra de R. Chazan, se pregunta si no se ha hecho una historia “lacrimosa” del judaísmo medieval (una vez deslindado el antijudaísmo del antisemitismo moderno) en orden a explicar el Holocausto contemporáneo. Pero la suya es una evaluación que huye de la tradicional unilateralidad cristiana al abordar el tema. La consideración de la herejía como una enfermedad no solo ideológica sino también biológica y social de todo el cuerpo social es abordada a partir de la primera surgida en la Europa del siglo XII, el catarismo, pero no sobre su posible origen en el bogomilismo búlgaro (interrogante desfasado) sino en si realmente llegó a existir. Es esta una de sus tomas de posición más arriesgadas, al tomar partido (pp. 124-7) por los historiadores “escpéticos” o “deconstruccionistas” que

niegan la totalidad de las bases empíricas documentales y cronísticas sobre el catarismo, tomándolas por tergiversaciones interpretativas -cuando no verdaderas forjas de apócrifos- incoadas desde el siglo XIII para apoyar la cruzada albigena y la Inquisición.

La sexualidad y el papel de la mujer ocupan una buena cuarta parte de la obra. Poco categórico se muestra en decidir si la teoría moral que relegaba la primera a la función reproductora durante la Alta Edad Media se vio sobrepasada -ayudando los textos científicos y médicos- por una nueva valoración del placer tras la crisis demográfica bajomedieval. Tampoco -tras analizar los textos sobre la *dilectio* platónica entre clérigos altomedievales- sobre si la intolerancia a la homosexualidad dio principio en el siglo XIV, aunque los estudios sobre su represión gubernativa en Florencia, Venecia y Colonia en el siglo XV permitan reducir esta opción a la pederastia. Junto al de su sexualidad, el papel de la mujer es abordado por el autor en cuanto a las relaciones laborales y al matrimonio, debatiéndose entre la perspectiva misoginista de las fuentes y la a menudo agresiva del feminismo imperante en la muy matriarcal actual academia. Nada de apriorísticos prejuicios patriarcales -concluye- en la exclusión de la mujer en muchos ramos de la producción durante el siglo XV, sino la pura y dura exigencia económica impuesta por el mercado (p. 188).

El mundo intelectual y el medio ambiente le ocupan una mínima parte, casi solo en beneficio de la integridad del guión, pero es de valorar su sintética exposición de los términos en que en el cénit de la Edad Media dominicos y franciscanos planteaban el debate entre realismo y nominalismo. Dada, con todo, la insuficiente exégesis de sus posicionamientos escritos, deja para futura indagación en cuál de esos dos campos ( y en sus respectivas subdivisiones, moderada y extrema) combatieron intelectualmente Duns Scoto y Ockham (p. 228-229). Tal dicotomía filosófica la aplica también a los enfoques de la relación de la sociedad medieval con el medio natural, ora cuando se trata de ver la dialéctica humana con las condiciones físicas (nominalismo o “ecología histórica”) o con la imagen cultural que de ello se desprende (realismo, llamado a escaso recorrido).

Movido personalmente por problemas de salud en la infancia, la dedicación del prof. Aberth a investigar la Peste Negra le permite escoger de ese tema los tres aspectos que considera centrales en cualquier ocurrencia histórica de una epidemia: la identidad entre enfermedad y plaga; la escala demográfica de la mortalidad; y el impacto socioeconómico de la plaga. Lo primero lo confirma -frente a los negacionistas, p. 246-7- dando cuenta de los 24 estudios paleomicrobiológicos de la última década acerca de 32 enterramientos en Europa que demuestran que el *Yersinia pestis* de época justiniana, tras mutar, emergió de nuevo al comienzo de la pandemia de 1348. Examina todas las vías de difusión del contagio, incluido el papel transmisor de los roedores (recurriendo en buena medida a analogía con la tercera gran aparición de la pandemia a principios del siglo XX). Puede

así considerarla , no un “jalón más” en la serie de desastres del siglo XIV, sino -admitido el consenso de que pereció en ella entre el 50 y el 60 % de la población europea- “uno de los grandes desastres de la historia de la Humanidad”. El descenso ulterior de la tasa de mortalidad, “en la misma y sinérgica forma” con la de la fertilidad (p. 263) serán responsables de la recuperación de la población continental. Muy atinadas y útiles consideraciones pueden detraer de este capítulo los cultivadores de la demografía histórica.

Concluye el libro con una crítica al clásico de Huizinga que acota en una reevaluación del concepto de crisis , confrontando las teorías de los neomalthusianos , con sus “crisis de mortalidad” y “crisis de subsistencia “, y la de los neomarxistas con su “crisis del feudalismo”. Ambas posiciones las considera “esencialmente difuntas como paradigmas operativos de la investigación histórica” (p. 321), puesto que predicen fenómenos que no llegaron a darse. Concluye en la multifactorialidad causal y en la ausencia de factores exógenos a la sociedad humana, lo cual precisamente invita a proseguir el estudio de la Historia. El broche final lo aporta una mirada a los estudios sobre la cultura de la muerte en el período final de la Edad Media.

Sin ocultar, en definitiva, ninguna de las claves que operan en la trastienda historiográfica de la mayoría de los temas relativos a la Edad Media objeto de controversia científica, este florilegio es un buen ejemplo del carácter abierto de la Historia como madre de las ciencias sociales. También de la necesidad periódica de actualización de la materia impartida en las aulas, que esta vez llega a Europa, escenario de la materia tratada, desde el observatorio académico norteamericano.